

**Raymond L. Williams.**  
***Postmodernidades Latinoamericanas:***  
***La Novela Postmoderna en***  
***Colombia, Venezuela, Ecuador,***  
***Perú y Bolivia.***

Santafé de Bogotá: Ediciones Fundación  
 Universidad Central, 1998, 187 págs.  
**Jonathan Tittler**  
*The University of Auckland Zelandia*

Este libro de Raymond Williams, el más prolífico de los estudiosos norteamericanos de la literatura colombiana, está basado, según el autor mismo, en una versión anterior en lengua inglesa, *The Postmodern Novel in Latin America* (Nueva York: St. Martin's Press, 1995). Es sin duda el estudio más abarcador, hasta la fecha, del área que se toma como objeto de análisis. Su bibliografía y su introducción indican que se edifica sobre una investigación sólida de las principales fuentes teóricas de lo postmoderno (por muy centradas en Europa y Norteamérica que estén). Y demuestra que Williams, que ganó su fama inicial como colombianólogo, ha extendido los horizontes de sus conocimientos bastante más allá de las fronteras nacionales. Los lectores colombianos podrán ver su narrativa contemporánea, por lo tanto, en un contexto propiamente regional ("propiamente" porque uno de los criterios de lo postmoderno, según Williams, es una conciencia "postnacional", cosmopolita o global).

Eso en cuanto a la contribución que brinda el libro al lector concienzudo. Pero padece también de deficiencias que uno no esperaría encontrar en un trabajo maduro. Es algo idiosincrásico en su diseño, ya que, como indica su título, vacila en su tema entre las postmodernidades de toda Latinoamérica, por un lado, y la novela postmoderna de la región andina, por otro; o sea, no se decide entre numerosas épocas culturales de un continente entero y un solo género literario de un subgrupo de ese continente. Esta borrosidad conceptual es, infortunadamente, emblemática de muchos aspectos del proyecto, que tampoco suele distinguir entre postmodernismo y postmodernidad, términos que pertenecen a campos tan diferentes como lo son los estudios literarios y los estudios culturales. Hay términos, como "lector postmoderno", que se emplean a menudo pero no se definen (¿cómo pueden tantas "postmodernidades" tener un único lector[a]?); determinaciones críticas, como la asignación a García Márquez de

la etiqueta de "escritor moderno", que se toman sin explicarse; contradicciones frontales, como considerar atributo postmoderno la construcción social de la realidad (cosa que se hace con respecto a Orietta Lozano) y, poco después, declarar que lo que se aprecia en la cultura postmoderna es la experiencia inmediata del aquí y ahora (con referencia al escritor venezolano Francisco Massiani); hay largos trozos de análisis detallado dedicados a escritores como Moreno-Durán y Vargas Llosa, cuyas obras Williams ya ha estudiado ampliamente en libros anteriores, y hay países enteros, como en el caso del Ecuador y Bolivia, que, bajo el juicio de que sus literaturas son "tradicionales", se despachan en poco más de una página. Tales altibajos restan brillantez del producto engendrado por el inquieto y dinámico fundador de la Asociación de Colombianistas.

Es una lástima tener que juzgar con tanta severidad estos aspectos de trabajo. Hay, como siempre, información muy útil para la persona que anda en busca de un inventario de rasgos literarios postmodernos. Principal entre ellos sería la fragilidad (e incluso la crisis) de la verdad como parte de la condición postmoderna. La lista entera, muy larga, incluye: lógica de la simulación (Baudrillard), cuestionamiento de lo ontológico (McHale), rechazo del metarrelato (Lyotard), complicidad con el capitalismo tardío (Jameson), metaficción historiográfica (Hutcheon), formaciones heterogéneas (Yúdice), neoconservadorismo (Habermas), fascinación con lo corpóreo (Sarduy), inmanencia (Hassan), desarticulación del sujeto, negación a la autoridad discursiva, pastiche en vez de parodia, énfasis en lo performativo, lo polimorfo, escepticismo filosófico, digresividad, fragmentación, falta de historicidad, disminución de lo afectivo, concentración en el lenguaje, indeterminación de sentido, apropiación de los medios masivos (cine, televisión, música popular, etc.), etc., hasta el mismo agotamiento.

El texto también luce, como siempre en el caso de Williams, perspectivas geniales, tales como la integración de la cuestión del narcotráfico en la condición postmoderna andina y, como segunda ilustración, la observación archilúcida de que el discurso moderno (eurocéntrico, masculinista y racialmente blanco, por cierto) de la ilustración francesa nunca fue tan hegemónico y universal como quieren dar a entender muchos discursos que pretenden pasar por postmodernos. Es también enormemente valioso saber quiénes son los jóvenes escritores de los cinco países representados que siguen innovando la novela hispanoamericana contemporánea. Pero en vista de lo des-

igual de esta aportación al conocimiento literario, es importante tener en cuenta que Williams sirve más como autoridad con respecto a cuáles autores debiéramos leer, y no tanto así en cuanto a cómo leerlos.

\*

**Serge I. Zaitzeff.**  
***Algo de la experiencia americana.***  
***Correspondencia entre Alfonso***  
***Reyes y Germán Arciniegas.***

México. El Colegio Nacional, 1998

Roberto Esquinazi-Mayo  
Georgetwon University

Las páginas de este libro, apropiadamente dedicado a James W. Robb, cantan la prosa sonora, ágil, de dos incansables labradores de la palabra. Aun en pasajes que parecen irreverentes, se trasluce la amistad y el respeto mutuo de dos creadores que encuentran en esa amistad un incentivo para sus ensueños en el follaje intelectual de América. Los encamina hacia un querer entusiasta, no sólo para explicar y proteger lo mejor de América, sino también para vislumbrar el glorioso destino de un continente creado por pueblos que han buscado un derrotero que afiance lo más genuino y valedero de los fundadores de las repúblicas hispanoamericanas.

En 131 páginas Zaitzeff ha desplegado cincuenta y cuatro cartas cruzadas entre D. Alfonso y D. Germán, entre 1935 y 1959, con excepción de 1936-1938, 1940, 1942, 1944, 1948, 1952, 1954, 1957, 1958 y un Apéndice en el que se reproducen ocho "Textos de Germán Arciniegas sobre Alfonso Reyes". Se percibe enseguida que estamos ante dos temperamentos similares, con una diferencia de unos once años entre la edad de Alfonso Reyes (1889-1959) y la de Germán Arciniegas (1900-1999), aunque en las cartas se percibe la tonalidad del canto de las avechillas al amanecer. Es el encanto del bien decir y la voluntad del bien hacer. Por un lado Arciniegas, respetuoso ante la diferencia de edad entre ellos, y que apenas comenzaba a cimentar su condición de sólido escritor, no dejaba de encabezar su correspondencia con el epíteto "Maestro", o "Mi querido Alfonso Reyes". Conuerdo con el profesor Zaitzeff cuando afirma que "Para el joven Arciniegas, Reyes es un maestro por quien tiene un gran respeto y es por eso que lo quiere

involucrar en todos sus proyectos y empresas." (vii). Merece notar que le tomó tiempo a D. Germán para dirigirse a su Maestro con el saludo "Mi querido Alfonso". Fue en la carta fechada el 4 de febrero de 1951, en una correspondencia que comenzó el 13 de diciembre de 1935. De esto, mucho y bueno nos ha dicho James W. Robb, quien con su bien establecida y conocida competencia y pulcritud en sus investigaciones ha publicado indispensables estudios sobre Reyes y Arciniegas.

Ejemplar es este libro con la correspondencia entre dos de los más aguzados inmortales de las letras y del pensamiento en lengua española. Serge I. Zaitzeff, compilador de esta correspondencia, va mostrando al lector el más loable de los intercambios epistolares que pueda conocerse. Se advierte la franqueza, la mutua admiración y, por parte de Arciniegas, reverencia al modo de ser de D. Alfonso. En el artículo *¿Por qué Alfonso Reyes es un maestro?*, publicado en *Intermedio*, Medellín, 16 de octubre de 1956, y reproducido en este volumen, Arciniegas afirma algo que dice muy certeramente lo que fue D. Alfonso, y en realidad, lo que fue el mismo Arciniegas: "cazador de sonrisas". Gracias a su cuidadosa investigación, reflejada en el Prólogo y en la organización de este epistolario, el profesor Zaitzeff nos ha facilitado uno de los más acogedores intercambios epistolares de nuestro mundo, haciendo verídica la afirmación de D. Germán según el cual, lo mismo que el Maestro mexicano, "Nuestro sabio ha de tener malicia, ironía, juego guardado, gracia, burla, es decir otra cosa" (113).

Sin embargo, sólo en una ocasión tuvieron D. Germán y D. Alfonso una pequeña diferencia que dirimieron elegante y cariñosamente. Fue a fines de 1950. Arciniegas acababa de regresar de reuniones de intelectuales y escritores en Bruselas y en Berlín. Allí se trataron temas urgentes, ya derrocado el oprobioso régimen nazista en Europa. Por un lado se afianzaba el franquismo en España y amenazaba con extenderse por América Latina. Por otro lado, se arraigaba la influencia marxista. Habiendo sido el único representante latinoamericano en ambas reuniones, Arciniegas sugirió que se organizara en 1951 una reunión similar en México, en la que D. Alfonso tomara parte y fuera el animador principal. La fecha propuesta por D. Germán coincidía con la proximidad de las elecciones presidenciales en México. D. Alfonso, gentilmente, objetó la fecha, pero no el propósito de dicha reunión. Fueron varias y bien claras las cartas entre los dos sobre esta proposición. Al fin, a pesar de que D. Alfonso en un principio no había aceptado aparecer como figura princi-